

Dr. Gonzalo Varela, *in memoriam* (1969-2025)

Nunca imaginé que alguna vez escribiría un obituario, y mucho menos que el primero sería para Gonzalo.

Nos conocimos siendo muy jóvenes, allá por 1992 o 1993. Yo estaba finalizando el internado y él cursaba CICLIPA en Clínica Quirúrgica en el Hospital de Clínicas. Integraba un grupo de estudiantes destacados y, entre ellos, Gonzalo sobresalía por su simpatía, corrección y carisma. Era, sin lugar a dudas, un líder.

Poco tiempo después comenzamos a trabajar juntos en una emergencia móvil en el interior del país, mientras él realizaba su residencia en Medicina Intensiva. Fueron muchas las horas compartidas en guardias, durante las cuales nació una amistad sincera y duradera.

Su trayectoria profesional y académica fue amplia y profundamente comprometida. Quizá una forma de introducirla sea mencionando que un referente indiscutido de la cardiología nacional, el Dr. Walter *Coco* Reyes, lo eligió como su mano derecha desde una etapa muy temprana de su carrera. Siempre dedicado a su formación, realizó una pasantía como becario en el Instituto de Electrofisiología en Birmingham, donde comenzó a especializarse en la disciplina que se convertiría en su verdadera pasión y de la cual se consagró como uno de los principales exponentes.

Con ese horizonte claro, me propuso preparar juntos el concurso para el cargo de grado II en Cardiología. Fueron muchas jornadas de estudio compartido, en las que nuestras rutinas laborales y familiares se entrelazaron. Vivimos juntos momentos de crecimiento profesional, pero también personales, como la llegada de nuestros hijos, que celebramos con alegría mutua.

De esa época proviene una anécdota que, pese a los años, nunca dejaba de causarle gracia. Luego de largas horas de estudio, solía decirme: “¿Cortamos un poco para preparar un matecito?”, sabiendo perfectamente que yo no tenía esa costumbre. Y yo le respondía: “¡Sí, y nos fumamos un puchito!”, algo que ninguno de los dos hacía ni haría jamás. Años después, seguía disfrutando de contar esa historia cada vez que nos encontrábamos con algún amigo en común.

Así comenzó su carrera docente en la cátedra de Cardiología, donde fue asistente y luego cumplió funciones de guardia en Hemodinamia. En paralelo, tuvo una larga y activa participación en la Sociedad Uruguaya de Cardiología, de la que fue primero presidente y luego presidente del Congreso Uruguayo. Dirigió el Comité de Educación Médica Continua durante varios años, con el que promovió numerosas actividades científicas en Montevideo y el interior del país, a las que muchas veces me invitaba a acompañarlo.

Su labor asistencial en esas primeras épocas se centró fundamentalmente en Casa de Galicia, especialmente en el Servicio de Electrofisiología y Marcapasos, donde se convirtió en una autoridad. Cuando aparecía algún trazado electrocardiográfico o arritmias de difícil resolución, la solución siempre era: “Vamos a preguntarle a Gonzalo”. Siempre dispuesto a escuchar, ayudar y resolver las inquietudes de sus colegas, fue generoso con su trabajo, con su tiempo y su conocimiento. Y siempre estaba dispuesto a tomarse una pausa en el trabajo para conversar unos minutos cuando alguien pasaba simplemente a saludarlo.

Fue el primer responsable del programa de residencia médica de la institución y formó a decenas de profesionales a lo largo de varias generaciones. Muchos de ellos terminaron integrando su equipo, siguiendo su ejemplo de trabajo y dedicación al paciente. Además, fue coordinador clínico del posoperatorio de cirugía cardíaca, abarcando así un amplio espectro de actuación dentro de la cardiología.

En los últimos años se desempeñó como coordinador del área de Electrofisiología y Arritmias en el Hospital Británico y fue consultante en numerosas instituciones privadas, donde también dejó su impronta profesional y humana.



Investigador y lector incansable, contribuyó con numerosos trabajos científicos publicados, tanto en la *Revista Uruguaya de Cardiología* como en medios internacionales.

Con el tiempo, nuestras rutinas laborales se distanciaron y dejamos de cruzarnos con frecuencia. Sin embargo, siempre que nos encontrábamos —caminando en la rambla, en el club o en algún comercio— nos deteníamos a conversar unos minutos y nos despedíamos con un abrazo afectuoso. La última vez que nos vimos, él estaba en el balcón de su apartamento disfrutando de la tarde, mientras yo pasaba caminando. Intercambiamos a la distancia unas palabras y nos despedimos con una sonrisa y un “chau, nos vemos”.

Pocos días después supe que estaba internado y pronto tomamos conciencia de la gravedad de su situación. A diario aguardábamos noticias con esperanza, confiando en su recuperación. Nadie imaginaba que Gonzalo podía irse, no ahora, y no de esta forma. Pero la realidad nos golpeó con una dureza mayor a la que estábamos preparados.

Gonzalo deja una huella imborrable en la cardiología nacional. Lo extrañaremos profundamente sus colegas, sus pacientes, sus alumnos y, sobre todo, sus amigos.

Adiós, querido amigo. Ya nos fumaremos ese puchito imaginario que tanto te hacía reír.

Alejandro Pomi